

SAHARA OCCIDENTAL, ESTADO DE TORTURA (V)

Es posible que los niños consigan ordenar la confusión en la que enseñanzas contrarias, cuando no contradictorias, les sumen, y que sepan poner cada cosa en el lugar que le corresponde. Y que lo hagan sin resentimiento ni ánimo de venganza alguno, pulsiones ajenas al modo de ser y estar en el mundo el pueblo saharauí. Djimi Elghalia se refería así a ella misma, y así educa a sus hijas. De la nobleza saharauí sabemos quienes reiteradamente nos acercamos a ellos y les vamos conociendo, sea cual sea el medio en el que nos encontremos, el del refugio, el de la ocupación, el de la inmigración, cualquiera de ellos hostil a su modo. En cualquier caso, ninguno de ellos es su lugar propio.

Pero la vida de esos niños de los territorios ocupados continúa en un ámbito especialmente adverso, en el que se saben viviendo de prestado en su propia tierra. De ese sentimiento se deriva un vivir esquizofrénico, como dijimos antes, o, en palabras de Djimi Elghalia, un vivir una "doble personalidad", la de quien convive con y saluda a su vecino marroquí, no culpabilizándolo, pero no pudiendo evitar ver en él uno de los rostros de la ocupación. Olga, la valenciana, saharauí por matrimonio y por convicción, admitió que su relación con los vecinos marroquíes se reduce a un protocolario y, por tanto, frío saludo. Ali Baccari, su marido, prácticamente ajeno a cuanto le rodea, no se cansa de mirar un extenso documental, grabado, sobre los últimos tiempos del Sahara Occidental colonizado por España y los primeros tiempos de la invasión y la ocupación, el éxodo, la guerra y el refugio. Viéndolo estaba cuando fimos a su casa en la mañana del 24 de julio.

En la mañana del 26 de julio pasamos un rato con el cura que está al cargo de lo que, cuando España, se conocía como Misión católica, y ahora denominan "Catedral", y que es de los pocos edificios que se sigue conservando como fue, así como el pequeño parque-jardín que hay frente a su entrada. Es nuevo en esa zona un gran edificio para dependencias policiales, enfrente del Cuartel General, donde el 28 de febrero de 1976 se arrió por última vez la bandera española, mientras se izaba por primera vez la bandera marroquí, que desde entonces invade, roja, como falsas amapolas estrelladas, los territorios ocupados del Sahara Occidental: ondea una cada cien metros. Con ellos forma un triángulo la Catedral y en medio se inscribe el parque-jardín. El Padre Rafael se ocupa de atender a los pocos e imprevistos fieles que acuden a la iglesia. Con Olga habíamos recordado a quien estuvo al frente de la Misión católica durante muchos años, Monseñor Félix Erviti, que también impartía clases de religión católica en el Instituto. Si lo recordamos también aquí se debe a que dejó un rastro de amor y atención al pueblo saharauí, por quienes se enfrentó decididamente a las arbitrariedades de las autoridades ocupantes. Monseñor Erviti no dejó su puesto y no cejó en la defensa activa de la causa saharauí hasta que, muy enfermo, se vio obligado a abandonar el Sahara Occidental a los 96 años de edad. No es que el Padre Rafael, a quien ayuda un cura joven, tenga mucho trabajo. Era domingo y había celebrado un oficio religioso para un puñado de fieles, cristianos de iglesias evangélicas, algunos de ellos miembros

de la MINURSO, que ya que no hacen nada por la integridad física de los saharauis, por lo menos se ocupan de sus almas, de sus propias almas.

Con el Padre Rafael cambiamos impresiones sobre una ONG, de confesión cristiana evangélica, que opera en El Aaiún. La ONG se denomina "Desarrollo y Consultorio Pro Mundi" y trabaja con asociaciones de discapacitados, al tiempo que se imparten clases, de español e informática, por ejemplo, cuyos alumnos pagan una cuota mensual. En principio, la cuantía de esos pagos debería ir destinada a desarrollar proyectos que redunden en beneficio de los discapacitados, de fisioterapia, por ejemplo, que no suelen verse cumplidos. Las remuneraciones de los voluntarios proceden de Barcelona, sede de la ONG.

Se ve que el aprendizaje del español debe ser pagado: supimos que en la escuela "La Paz" se imparten cursos de idiomas, entre ellos el español, para alumnos mayoritariamente marroquíes, aunque también asisten algunos saharauis. Son cursos en los que debe satisfacerse una cuota mensual, sin que llegáramos a saber quién o quiénes se embolsan las ganancias. La sospecha de aprovechamiento cuenta con el siguiente argumento: por lo que interesa a la enseñanza del español, el acceso a plazas en comisión de servicios pasa por la participación en concursos de méritos entre profesores -probablemente no de plantilla- de los centros del Instituto Cervantes, que funcionan en distintas ciudades de Marruecos -Rabat, Casablanca, Fez, Tetuán, Tánger, Marrakech. Esas plazas están remuneradas con mensualidades que rondan los 6000 euros. Los exámenes que rinden los estudiantes son enviados por el propio Instituto Cervantes, que también los califica. El Instituto Cervantes ha sido requerido por intelectuales, artistas y "escritores por el Sahara" para que ofrezca algún tipo de presencia en los campamentos de refugiados, donde los niños estudian el español a partir del segundo curso de primaria. La negativa, alegando que tal presencia supondría un reconocimiento de la RASD, que el gobierno de España no acepta, ha sido reiterada, mientras que en los territorios ocupados del Sahara Occidental se responsabiliza de la enseñanza privada del español. Es obvio que el Instituto Cervantes apoya, por la vía de los hechos, la marroquinidad del Sahara Occidental, como organismo que es dependiente del Ministerio de Asuntos Exteriores del gobierno de España. Su carácter de organismo político prima sobre su condición de institución para la difusión y el desarrollo de la lengua y la cultura españolas.

Son excepciones los jóvenes saharauis, con menos de 35 años, nacidos en los territorios ocupados, que hablan el español, apenas lo entienden, incluso si sus padres u otro miembro mayor de la familia lo hablan, como es el caso de los jóvenes en cuya casa nos alojamos en El Aaiún: el padre habla español, y también el hermano mayor, nacido antes de la invasión. O el de las hijas de una familia de Dakhla en cuya casa compartimos refrescos, pasteles, té y despreocupada conversación en la tarde-noche del día 28 de julio. Es verdad que tampoco hablan el francés, idioma querido por los marroquíes, quienes no ponen muy buena cara si se les muestra agradecimiento con un "sucran".

También es verdad que en las escuelas del Sahara Occidental no se estudia el español, como lo es que los niños no tienen la oportunidad de disfrutar de unas "vacaciones en paz" en España, como sí las disfrutaban los niños de los campamentos

de refugiados todos los veranos desde 1992. Pero en muchas casas hay familiares que hablan el español, pues pasaron una parte de sus vidas en el Sahara colonizado por España. Por eso es verosímil pensar que las jóvenes generaciones de saharauis de los territorios ocupados no vean ningún atractivo, y sí una forma de autotraicionarse, en aceptar la lengua de quienes les abandonaron y la que les quieren imponer el país ocupante. Y se atrincheran en su lengua, el *hassania*, que incluso marca diferencias con la variante del árabe que hablan los marroquíes, el *dariya*. Se lo han arrebatado todo, pero no se les puede arrebatar la lengua, ni cortándosela. Hasta que se les devuelva todo tienen en su lengua la más segura garantía de identidad nacional, que les permite sobrevivir, sin sucumbir a esa esquizofrenia existencial, a esa "doble personalidad" de la que habló Djimi Elghalia.

Blanca González Santos
Fernando Llorente